

[un capítulo de *La sombra y la tortuga*,  
pp. 229-234]

## MERIENDA GRATIS

Lo que me creí fuera procesión religiosa, estaba compuesto por un abigarrado encuentro de gente protestona, con el ir y venir de frailes nerviosos de arriba para abajo de la calle, y el bamboleo descoyuntado de unas andas de santos que tenían que ser portadas por gente blanda o costaleros no experimentados. Claro está que en medio de tanto descalabro y desorganización, nuestras presencias tenían que pasar desapercibidas.

Ese hecho tranquilizó mis temores, amainó el bombeo de mi corazón y empecé a gozar al menos un poco con aquella rocambolesca experiencia. Hernando no hacía sino dar brincos para intentar divisar a su dama por sobre las cabezas de las gentes, por eso sorteaba a quien se encontrara delante, con tal prisa y descompostura, que temí alguien lo llamara al orden o de suyo buscaran a los guardias de la ciudad para obligarle a estarse quieto. O quieta..., que para el caso iba de mujer.

Pero todos estábamos allí demasiado revueltos y aquello más que una procesión

parecía lo que en mi mente imaginé alguna vez fuera una batalla militar en pleno descampado. No recordaba en la vida situación igual ni parecida. La lucha entre beatas, curas, frailes, monaguillos, autoridades y toda suerte de tonsurados y revestidos, al parecer había empezado manzanas atrás, pero estaba ya en su total apogeo en el momento que llegamos, por eso, al poco tiempo de hacer como que íbamos en ella, oímos unos gritos destemplados de alguien que más adelante marchaba, advirtiéndome de que se caía el Santo Padre, y repetía que de verdad se iría a caer si no le ponían remedio, y al parecer eso ocurrió, pues fue grande el estrépito y hubo luego más gritos aún siguiendo a aquel, aunque aumentados fueron los de las beatas y también las voces tonantes de varios hombres de autoridad.

Por demás que yo, con aquel embozo del manto sobre mis ojos, poco podía ver y creo que más adivinaba por lo que oía que por lo que por mi mirada entraba. Mal se las tenían que ver las mujeres con aquella moda, pero seguro que les valía porque se encontraban a buen cubierto en sus intimidades, ya que insistían tanto en su uso. Yo siempre lo entendí como un estorbo, aunque es de suponer que con su uso viene la costumbre y la maña de ello.

Como fuera, me atreví a abrir en mi manto un mayor hueco por donde mis ojos pudieran ver a su solaz aquel extraño suceso y beneficiarme del improvisado teatro a placer. Así lo hice y lo primero que

vi al completo fue a un fraile anciano que sobre alguien se venía, dándole muchos empujones y bastonazos, para que se arrodillara en tierra y viera de apañar, ayudado de otros dos, los trozos de una figura grande que en el suelo se hallaba medio quebrada ya y boca abajo, aunque tiesa, a falta de algunos de sus atributos que desparramados por allí estaban.

Los chiquillos gritaban, muchas mujeres arrodilladas en tierra rezaban como enloquecidas, dos o tres perros ladraban sin cesar, algunos frailes corrían de un lado para otro sin saber qué hacer, arremangadas los hábitos dando suspiros y lamentándose de que aquello era una gran desgracia. En medio de ellos, otros de la misma congregación los imprecaban y azuzaban para empeñarlos en seguir con la procesión, advirtiéndoles de que la justicia de Dios estaba de su lado y que todo saldría bien. Yo no sabía lo que tendría que salir bien en medio de aquel desastre, lo cierto es que debía encontrar a Hernando como fuera y ver de sacarlo de tamaño embrollo. Aunque, pensé, ¿para qué salir de aquel e ir a meternos en otro peor? Callándome, creo que hacía lo que bien debía, pero en ese inútil intento de seguir oculto me topé de frente con la que en cuestión buscábamos.

La reconocí y, sobre todo, ella me reconoció a mí. Tampoco había pasado tanto tiempo desde aquel que me acercara a su ventana a recoger el billetito con el mensaje para Hernando. Le hablé al oído y le indiqué que él llevaba rato buscándola

entre tanta gente, y que iba disfrazado de mujer como yo. Me miró de arriba abajo y, allí mismo, lanzó una carcajada tal que a buen seguro nos salvamos de ser descubiertos de no haber estado en la casa de locos donde nos encontrábamos. Es decir, en plena calle. Como sea que todo animal tiene su cazador, y éste para serlo ha de conocer bien sus juegos, plumajes, travestimientos, olores, gorjeos, cantos y hasta formas de reír, Hernando no dudó en reconocer en aquella cantarina carcajada el gorjeo animal de la mujer que ansiaba, adivinaba y recreaba para su satisfacción. Por eso, sin duda que fue solo por eso, en dos zancadas se llegó a nuestro lado y con naturalidad tomó de la mano a la dama como si fuera una amiga de toda la vida y, al momento, le acercó la cara a la suya para hablarle al oído. A partir de ese momento, todo fue coser y cantar para Hernando... que para mí fue corretear de un lado para otro y temer por los dos.

En medio de una ciudad tan descompuesta, nadie iría a fisgar por las rendijas de las ventanas para ver qué cosa harían aquellas tres damas corriendo por las calles, y campo a través, hasta llegar a la misma casa donde un día Hernando le cantó a su amada los primeros y únicos versos. Entramos y fuimos prevenidos por la dama de que aunque su tía y madre no llegarían hasta que las procesiones y festejos acabaran, ella tendría que volverse a casa de una de sus amigas, situada en la calle Juan de Vera, al punto que tocaran las

Completas, por lo que había que darse prisa en llevar a cabo la merienda o lo que fuera...

A mí me colocaron de guardián, oteando para fuera desde dentro de la casa a dos o tres pasos de la ventana, que se mantuvo siempre entornada. Para que yo me hallara a gusto, la dama en cuestión, doña Almudena, me trajo en una bandeja una jarra de leche, una botellita de mistela y un bizcocho de masa tierna con rellenos de azahar, durazno y granada. Tiempo después, en La Habana, me explicaría con detalle por qué había escogido aquellos dos frutos y tan especial esencia para convidarnos en la merienda.

Lógicamente, yo comí más de una triple ración, pues ni ella ni Hernando salieron de la habitación hasta que tuve que ir a buscarlos, pues por ellos mismos no se dejaron oír y yo hacía rato que estaba harto de escuchar las campanas del Convento de San Francisco. Me dije que desde las Nonas a las Completas muchas horas eran, y que a ver si aún seguirían vivos, por lo que me llegué hasta dentro de la casa para avisarles, pero en eso que me di cuenta que yo no sabía nada del lugar en que me hallaba. Indagando aquí y allá, crucé el frondoso patio y anduve poco a poco subiendo las escaleras, para que no crujieran los escalones de madera, hasta que me llegué al piso alto. Vi a ambos lados los corredores que se proyectaban largamente hasta que se abrazaban, conformando en su interior un

hermoso patio que quedaba en el mismo centro.

Todas las puertas de las habitaciones estaban cerradas y aquel corredor de tantas maderas, cerca ya el oscurecer, me pareció más boca de lobo que lugar de amoríos. No sabría decir cómo lo hice, pero me decidí a abrir por fuerza una de las puertas aquellas y lo que ante mis ojos se presentó hizo que la lengua se me enmudciera, también se me helara la sangre y el corazón se pusiera enloquecido a bombear. Muchas fueron las imágenes que veía, aunque la escena fuera una sola, y era que Hernando y doña Almudena pastaban a sus anchas como sus madres los habían traído al mundo. Pareciera que jugaban a algún tipo de juego desconocido, quizá al escondite, al teto o a la gallinita ciega, ¡qué sé yo qué era aquello! Hernando ostentaba su miembro viril como nunca antes se lo había visto. De tan robusto e inhiesto parecía que fuera a estallársele. De pronto, él la cogía en lo alto y luego la soltaba lanzándola sobre el colchón de la cama y al punto, dando brincos y alaridos, se iba a lanzarse sobre ella y, cuando se le caía encima como bárbaro que fuera a matarla, allí mismo la encabalgaba con potencia y destreza tales que los posibles sufrimientos de ella quedaban amansados en las grandes satisfacciones recibidas, pues aquellos lamentos lascivos, aquellas desgarradoras penitencias, no podían ser sino consecuencia natural de los deseos desencadenados para aplacarlos al fin en el tumultuoso mar de los placeres prohibidos.

Aún estaba yo en el dintel de la puerta, rígido y mudo, clavado en tierra, cuando Hernando atinó a virar su rostro hacia mí y me descubrió. Saltó de la cama donde había estado tan afanado y se me llegó cogiéndome por el cuello.

—¿Pero qué carajo haces aquí...? ¿No te dije que estuvieras vigilando?

La dama me miró complacida, aunque aparentando lejanía. No hizo ningún intento de tapar su hermoso cuerpo. En mis ojos se quedó grabada la imagen, y cuando la recordé más tarde a solas descubrí que podría estar dispuesta a recibir con agrado mi intromisión.

Yo los miré a los dos queriéndoles explicar lo que me había sucedido, pero ninguna palabra me salió de la garganta.

—¿Qué te ocurre...? ¡Claro, te has quedado sin habla! ¡No iba a ser para menos!

Ante las reiteradas preguntas de Hernando, yo solo pude afirmar con la cabeza. Luego que supo a qué había ido, me dio un cogotazo con tanta fuerza que creí que me había partido por lo alto alguna parte del espinazo. En un periquete se vistió como pudo con las mismas telas de mujer que había traído. Aún no había yo terminado de cruzar el patio, y ya se venía hacia mí como una furia el adefesio de Hernando, con toda la cara refregada de los potingues que la Consuelo y sus acólitos le habían puesto, y que su amante se encargó

de esparcir a gusto con sus besos. Cuando los tres estuvimos dispuestos para partir, apagué las velas y, tras doña Almudena cerrar la casa, salimos sigilosamente a la calle.

Acompañaron las dos damas a doña Almudena hasta las cuatro esquinas del Ecce-Homo. Luego, Hernando y yo echamos a correr como almas en pena para llegar a tiempo de devolverle los trajes a la Consuelo.